

films de hoy



**¡Un Grito de Libertad!**



2 PTES.





# FILMS DE HOY

AÑO I

NUM. 1

## ROSAS NEGRAS

(UN CRITO DE LIBERTAD)

"Hemos sufrido en silencio... Habéis destruído nuestras tradiciones y pisoteado nuestras libertades... Habéis impuesto leyes crueles y aún afirmáis con descaro vuestra fuerza y vuestra arbitrariedad... ¡Basta ya de tiranías! ¡Ha terminado nuestra paciencia...! Estamos cansados de vuestra despótica dictadura..."

(Palabras de un hijo del pueblo al gobernador).

Esta narración está inspirada en la película A. C. E., del mismo título, dirigida por

**PAUL MARTIN**

y actuando de intérpretes:

**Lilian Harvey**

**Willy Fritsch**

**Willy Birgel**

etc.

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCION

---

Film distribuído en España por

**ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA**

Provenza, 273 - Tel. 71662 - Barcelona



A través de esta romántica historia de amor y abnegación —acaecida en Finlandia durante el año 1903, poco antes del total derribamiento de la opresión zarista— palpita un germen revolucionario que precisa exaltar.

La figura gallarda, humana y viril del protagonista, adquiere en el transcurso de esta narración, auténtica y magnífica categoría de símbolo.

Es un hijo del pueblo, forjador de libertades, que anhela para los suyos una nueva aurora que les redima del yugo de una despótica esclavitud...

Y se juega la vida y desprecia un amor y abandona los oropeles de un lánguido y frívolo vivir, para ofrecerlo todo en holocausto de su ideal, que por ser noble y justo, el tiempo convirtió en realidad.

¡Adelante, camarada anónimo!

Que tu bella gesta, regada con sangre generosa, sirva de guía y ejemplo a todos los héroes del ideal que luchan, matan y mueren por la justicia, por la libertad y la fraternidad humanas!

## FINLANDIA, MAYO DE 1903

Finlandia, gime bajo el yugo de la Rusia zarista. El pueblo, vive inquieto, receloso, oprimido por la despótica esclavitud a que la tiene sometida la Rusia imperialista.

Por las calles de Helsingfors, su capital, patrullan ojo avizor grupos de cosacos atentos a cualquier sorpresa. Al anochecer, los habitantes atemorizados, se encierran en sus modestas viviendas para descansar de las rudas tareas cotidianas y al propio tiempo para evitar el enojoso encuentro con alguno de esos esbirros que, con cualquier pretexto, o sin él, les cruzan el rostro con un látigo, creyendo imponer así su autoridad y su fuerza.

Pero burlando su vigilancia, discurriendo por las calles excéntricas y menos alumbradas, pegando su cuerpo a la pared, algunos muchachos finlandeses, iluminados por la luz interior del ideal, se dirigen a un viejo molino situado en las afueras de la ciudad. Sus reuniones allí pueden pasar desapercibidas, y en voz baja, cautelosamente, trazan sus proyectos... Son conspiradores.

—¿Estáis dispuestos a luchar por la libertad de Finlandia y a no descansar hasta haber reconquistado su total independencia?—pregunta un muchacho de los allí presentes.

—Sí; estamos dispuestos—contestan a coro los veinte o veinticinco compañeros restantes.

—Bien. Tu —dice dirigiéndose a Alexis Collin—, esta noche sales para Viborg. El jueves volverás con la lista de los conjurados.



—De acuerdo—contesta el aludido con voz firme.

—Ahora, conoceréis los nombres de los principales agentes en cada región. Hay que aprenderlos de memoria para evitar cualquier indiscreción. Léelos tú, Alexis.

Pero a media lectura de la lista, uno de los compañeros que montaba la guardia en el exterior, interrumpió bruscamente para avisar con voz enérgica:

—¡Los cosacos!

Aquel aviso, temido y esperado, interrumpió bruscamente la lectura y la reunión.

Los conspiradores, conscientes de sus deberes, apagaron la ténue luz que alumbraba el mísero refugio y emprendieron rápidamente la huída por una puerta trasera y corrieron campo a través, agazapados, amparados por la oscuridad reinante, hasta refugiarse en un bosquecillo próximo.

Como fieras hambrientas de carne humana, treparon por la escalera del molino. A culatazos derribaron la puerta de entrada y vieron con sorpresa que el molino estaba vacío y que la anhelada presa, había escapado de sus garras.

Porqué los cosacos, bestias de rebaño sin entrañas, al servicio del Zar o de sus mandatarios, no entendían de libertades humanas ni de sentimientos patrios. Al llegar al bosquecillo donde se habían refugiado los conspiradores, empezaron sañudamente su persecución. Los disparos de sus fusiles, hirieron el silencio de la noche estrellada. Se inició una verdadera caza al hombre lanzándose sobre los finlandeses al galope de sus caballos y disparando sin cesar.

Aprovechando la confusión, Alexis Collin había logrado separarse de sus compañeros y cuando ya se creía

a salvo, un balazo hirió su carne. Cayó bruscamente al suelo; sintió por un momento flaquear sus fuerzas, pero reaccionando rápidamente con esfuerzo sobrehumano y apretando celosamente contra su pecho la lista que le había sido confiada, se levantó penosamente, y apoyando con la mano sana el brazo herido, consiguió atravesar el bosque hasta llegar al pie de un camino en el momento en que un carro cargado de paja se dirigía hacia las afueras de la ciudad. De un salto prodigioso se encaramó al vehículo procurando ocultarse entre las hierbas y cuando hubo corrido unos quilómetros, vió una casa iluminada y dejándose caer lentamente, se encontró al pie de un lujoso chalet. Un balcón abierto, le permitió entrar en su interior sin ser visto por los que en la casa se encontraban.

Un olor penetrante a perfumes caros, fué la primera sensación que recibió Alexis. Luego, vió que se hallaba en una coqueta habitación femenina inundada de lujo superfluo y de mil chucherías inútiles. Se quitó la americana para observar la herida del brazo, pero oyó pisadas en el pasillo y corrió a ocultarse tras un cortinaje del balcón.

Simultáneamente, se abrió la puerta y apareció en el umbral una figura femenina. Era alta, delicada, de cabello rubio ensortijado y grandes ojos azules acariciantes.

Al darse cuenta de la presencia del sucio cosaco que desentonaba con la distinción de sus habitaciones particulares, preguntó con energía:

—¿Qué hace usted aquí?

—¡Cosaco Ivanoff! ¡Segundo escuadrón! ¡De servicio!—respondió altaneramente.



—¿De servicio en mi casa?

—Sí; encontré esa gorra en la calle... y he de buscar al...

—¡Es intolerable! ¡Salga usted!

Y hubo tal energía en esa orden, que el cosaco dió media vuelta y dando un portazo, salió de la habitación llevándose la sospecha de que su olfato no le había engañado.

La rubia muchacha, libre ya de la presencia del cosaco, iba a despojarse de su levísimo traje de soirée, cuando vió que se abría el cortinaje y aparecía ante sus ojos Alexis Collin.

Su rostro enérgico pero bondadoso, despertó inmediatamente en su pecho la más viva simpatía. Un grito de sorpresa iba a salir de su garganta. Alexis le impuso silencio, diciéndole escuetamente:

—¡Tengo sed! ¡Déme un poco de agua! Atiéndame. No le haré nada. Y desabrochándose la camisa, puso al descubierto su carne herida.

—¿Está usted herido?—preguntó dulcemente Marina.

—Sí. Mire por el balcón. ¿Hay alguien en la calle?

—Sí. Cosacos. ¿Le persiguen? —Y aumentando su sorpresa preguntó: —¿Es usted finlandés?

Una apremiante llamada a la puerta, interrumpió el diálogo. Alexis, volvió de nuevo a su escondite y Marina franqueó la entrada al inoportuno. Era un sargento de cosacos con su escolta.

—¿Qué pasa?—preguntó secamente Marina.

—Soy el sargento Petroff y buscamos a un hombre que se ha refugiado en su casa.

—Bien. Cumpla sus órdenes... Empiece por aquí. Y diciendo esto, abrió una gran puerta que daba al salón

de fiestas, donde se hallaban reunidos el Príncipe Abaroff, Gobernador Imperial, acompañado de su estado mayor. Su presencia en casa de Marina, estaba justificada. Marina Federovna, era la primerísima bailarina del Teatro Imperial y el Príncipe Abaroff, era el más ferviente de sus pretendientes. Unas fiestas periódicas organizadas en honor de la frágil bailarina, eran el pretexto para estrechar el cerco que había puesto a la gentil danzarina. Allí, se bailaba, se bebía y disipaban sus vidas inútiles, aquellos secuaces del zar que no tenían otra misión que la de perseguir a los humildes y rendir vasallaje a los poderosos.

—¿Ve usted a la persona que busca? —interrogó al sargento con punzante ironía. Y dirigiéndose al Príncipe Abaroff, añadió—: Perdone. Hay que soportar un pequeño registro como intermedio, Excelencia... —Y luego con socarronería hizo las presentaciones—: El sargento Petroff... El Príncipe Abaroff, Gobernador Imperial.

El sargento se sintió humillado. Intentó disculparse alegando que se había descubierto una asociación secreta y que uno de los fugitivos se había refugiado en la casa.

Cuando Marina se reintegraba a su habitación, el Gobernador se acercó a ella para oír de sus labios una palabra amable. Grosero, insinuó:

—Le he prometido tener paciencia, pero espero una respuesta...

—Gracias —dijo Marina—. Y cerrando la puerta ante sus narices, finalizó sonriente: —Me desnudaré sola...

Corrió ligera hasta el sitio donde Alexis se encon-





Marina interpreta magistralmente esta danza, dibujando graciosos arabescos. .





La gente corría enloquecida para salvarse de un latigazo de los cosacos...



Collin, de pie en medio de la platea, se encara con el verdugo de su pueblo...



traba escondido. El salió a recibirla, diciéndole con abatimiento.

—No puedo quedarme aquí.

—Al contrario. La casa está vigilada. Aquí está usted seguro. —Y viendo en el rostro del fugitivo un rictus de dolor, preguntó mimosamente: —¿Sufre? ¡Llamaré a un médico!

—¡Está usted lleno de sangre!—exclamó débilmente.

—¿Tiene usted algo para quitarla?

Ella extendió su brazo hacia un étagère donde se arringleraban varios frascos de cristal tallado.

Alexis abrió uno de ellos, lo olió y dijo secamente:

—Magnífico perfume. Pero lo que yo necesito es agua...

Y al dirigirse al lavabo, Marina Federovna cayó desplomada a sus piés. Se había desvanecido.

Alexis, cuidadosamente la trasladó a una chaise-longue y olvidando su propia herida, prodigó sus atenciones a la frágil muñequita de seda y oro. Porque no era más que eso, según pudo comprobar Alexis. Una linda muñeca rubia, alada de breve y afilada nariz sensual, y cuya palidez de rostro aumentaba aún su ténue fragilidad.

Poco a poco, abrió sus grandes ojos azules, insondables y acariciadores. Casi sonrió cuando Alexis le dijo:

—¿Se encuentra mejor mi enfermera?

—¡No se enoje!—rogó mimosamente.

—Todo lo contrario. Estése quieta. Ya me arreglaré solo.... ¿Tiene algo para hacer una venda? Un pañuelo viejo... cualquier cosa de tela...

Marina sacó del armario un pañuelo lindísimo, que, con encaja y todo, no alcanzaría medio palmo.

—¿No tiene usted más pequeñitos?—murmuró agriamente Alexis—. Déme a lo menos un poco de tela para sujetar.

Y buscando entre las breves y lindas prendas interiores que contenía el armario, halló un rico brocado de seda que partió por la mitad.

Alexis dió unas vueltas con la tela sobre la herida y dijo secamente a Marina:

—¡Apriete! ¡Más fuerte!

—Le haré daño—insinuó Marina.

—Los finlandeses ya no somos sensibles... —Y cambiando bruscamente el tono de su voz, preguntó—: ¿Cómo fué que los cosacos se marcharon tan aprisa?

—Tengo buenas relaciones—contestó con ingenuidad Marina—

—En Rusia, los caballeros son muy galantes con las damas...—dijo con toda intención Alexis. Y ante una mueca de disgusto de Marina por su incorrección, se apresuró a añadir:

—Diga usted sin rodeos que soy un grosero.

Y de la misma forma tajante, contestó Marina:

—¿Grosero? No. ¡Brutal! Y en esta última frase, se expresaba el dolor de su alma lastimada.

—El cansancio tendrá la culpa...—quiso disculpar Alexis.

—Bien. Usted dormirá aquí. Sus enemigos están al acecho.

Y en la linda y muelle camita de Marina, Alexis descansó de las fatigas sufridas. Vencido por el dolor y las emociones, su cuerpo se entregó rápidamente al sueño.

\* \* \*

A la mañana siguiente, el sol ya se filtraba alegre-



mente a través de los cortinajes de las ventanas de la habitación de Marina Federovna, cuando Aniouska, su fiel camarera, sorprendió a su dueña dormida profundamente en un sillón al lado de la cama donde descansaba Alexis. Prudentemente iba a retirarse cuando Marina despertó y alegremente, salió a su encuentro en la antesala y le dijo:

—He dormido maravillosamente. Estaba muy fatigada.

Aniouska, quedamente dijo:

—Su Excelencia, ha mandado las rosas negras, preferidas de la señora, con una carta.

—¿Por qué habla usted en voz baja?—preguntó Marina.

A lo que con tono paternal, contestó la vieja camarera:

—Debo darle un buen consejo: otra vez, cierre usted la puerta.

Al cabo de poco rato, Alexis se despertó. Repasó la habitación donde se hallaba, resumió las emociones sufridas y se encontró más animado, más fuerte y más ágil que la noche anterior. El descanso le había sido provechoso. El brazo, apenas le dolía y en consecuencia, podía seguir de nuevo su cometido revolucionario. Buscó en su chaqueta la preciada lista de los conjurados y no la encontró. Se dirigió a la puerta de salida y la encontró cerrada. Su primer pensamiento, fué el de suponer una encerrona por parte de la rubia amiga de los zaristas. Dió unos tremendos manotazos en la puerta, hasta que apareció Marina Federovna.

Su primera pregunta, fué como un reto:

—¿Por qué me ha encerrado usted?

—Adivínelo. Para que no le roben...

—¿Quién limpió mi traje?

—Fuí yo. Quité la sangre que tenía. ¿No está bien?

—Había un papel en el bolsillo. ¿Dónde está?—preguntó agriamente creyendo que la inocencia de Marina no era más que una falsa apariencia.

—¡No sé!

Exasperado, Alexis buscó por todos los rincones de la habitación. Por fin lo encontró debajo de una botella de perfume en el tocador. Lanzó un grito de triunfo.

—¡Ahí está!

Alexis se dió cuenta de su brusquedad y quiso rectificar.

—Perdón... —dijo—. Lo limpió usted muy bien. Gracias.

—¡Por fin ha pronunciado usted una palabra amable! ¿Le ha costado a usted mucho, verdad?

Alexis, quiso esbozar una sonrisa. Pero le preocupaba la suerte de los suyos, antes que las galanterías.

—Es necesario que mis compañeros sepan que el papel no ha ido a parar en manos de los enemigos...

—Encárgueme de esa misión—dijo Marina sencillamente.

—¿Habla Vd. en serio?

—Naturalmente. Yo puedo salir cuando quiera... ¿Es que no tiene confianza en mí?

—Sí. ¿Conoce usted la casa del guardabosque en el camino del lago?

—Es uno de mis paseos favoritos a caballo.

—Pues es necesario que cuanto antes reciban este



mensaje—. Y febrilmente, extendió unas líneas que entregó a Marina.

Esta a su vez, montó en su caballo y salió del chalet sin ser molestada por los cosacos.

No había andado cien metros, cuando cruzó el camino el Gobernador Imperial. Indudablemente le seguía los pasos.

Una fingida sonrisa fué el saludo del Príncipe Abaroff seguida de esta pregunta intencionada:

—¿Quería usted evitarme, querida amiga? ¿No recibió usted mi carta de ayer citándola para esta mañana?

—Es verdad —dijo la joven con forzada inocencia—. Perdone. ¡Ha sido un olvido! Flores y cartas de amor todos los días... Usted no conoce a las mujeres—siguió Marina mientras pretextaba un motivo para eludir la enojosa presencia del Gobernador.

—¿No le molesta mi compañía?—preguntó Abaroff, que con su caballo se había puesto al lado de Marina.

—¡Al contrario! —Y cruzando como un rayo por su imaginación una ingeniosa argucia, propuso—: Estoy dispuesta a disputar una carrera con su Excelencia.

—Aceptada. ¿Cuál es la meta?—dijo retador Abaroff.

—La casa del guardabosque en el camino del lago. El primero que se siente a la mesa, ha ganado.

—De acuerdo.

Y Marina, obtenida la conformidad, lanzó su caballo a un alocado galope, seguida de cerca por el gobernador que adivinaba algo anormal en aquella apuesta. Fué una carrera desenfundada en la que el noble animal puso a prueba su resistencia. Marina, gentil y diestra amazona, veía satisfecha como su caballo respondía a sus deseos. Primero, los dos caballos seguían casi cuerpo a cuerpo,

pero luego la agilidad de Marina y la codicia de su corcel, la hicieron distanciarse del empalagoso seguidor.

El guardabosque se había asomado a la puerta al oír el galope de un caballo.

Marina le llamó presurosa:

—¡Ayúdeme a bajar! —Y mientras le alcanzaba la mano, depositaba en ella el preciado mensaje, añadiendo en voz baja—: «Un mensaje de Collin».

Se precipitó en el comedor, se sentó a la mesa y adoptando un aire indiferente y triunfador, al penetrar Abarroff le dijo simplemente:

—Excelencia: su café va a enfriarse.

### ...Y NACIO UN AMOR

Collin esperaba el regreso de Marina lleno de zozobra. Cuando la vió entrar en la habitación donde se encontraba, su primera pregunta fué:

—¿Entregó usted el mensaje?

—¡Claro! Yo hago siempre lo que me dicen.

—¿Nadie la siguió? —preguntó con ansiedad—. ¿Nadie iba detrás de usted?

—¿Detrás...? No.

—Me ha quitado un peso de encima. No sé cómo darle las gracias.

—¿Ha dicho usted que quiere darme las gracias? Me encantan sus progresos. Ayer tan... ogro y hoy tan amable. ¿No le perjudicará el cambio?—dijo burlonamente Marina.

Y Alexis acusando la indirecta, respondió:



—No... Soy de constitución fuerte.

—Será mejor que me marche enseguida—dijo resueltamente Alexis.

—¿No quiere usted brindar por nuestra separación?

Una atracción irresistible, hizo acceder a Alexis a levantar su copa en unión de Marina para demostrarle de una manera gentil y callada su reconocimiento. Pero una vez apurada la copa que le ofreció, Alexis pidió que le mostrara el camino. Más que una partida, parecía una huida.

Marina le hizo pasar por una puerta disimulada que conducía a un oscuro pasillo. De allí siguieron hacia los sótanos por un estrecha escalerilla y enseguida se encontraron en el invernadero.

Alexis contempló la calle ávidamente. Luego dirigió su mirada hacia la rubia danzarina como en postrer despedida y vió sus ojos empañados por las lágrimas.

Y no pudiendo reprimir el llanto que anegaba su alma, se lanzó en los brazos de Alexis prorrumpiendo en amargo sollozo. Alexis comprendió por fin la grandeza de alma de aquella frágil muchachita y la acogió cariñosamente en su pecho y sellaron con un beso apasionado aquel naciente amor, preñado de amenazas.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Marina y Alexis desayunaban juntos al pié de un amplio ventanal acariciado por el sol. En sus rostros, la alegría y el amor ponían nimbos de dulzura, de felicidad y ternura.

Poco debía durar el dulce idilio. Inopinadamente, penetró en el aposento la arrogante figura del Gobernador Imperial. Se excusó brevemente.

—Perdón, Marina —dijo—. Entré sin anunciarme...

Me habían dicho que estaba en el ensayo... Y veo que no está usted sola... ¿Un amigo?

Los dos amantes no acertaban a pronunciar palabra. Una imprudencia, podía costar la vida de Alexis. Marina reaccionó rápidamente e hizo las presentaciones:

—El Príncipe Abaroff... El señor Collin, mi maestro de música.

Mentía descaradamente y al Gobernador no se le escapó la farsa. Fingió no darse por enterado y siguió:

—A juzgar por su nombre, ¿es usted finlandés? Muchas gracias, Marina, por su ayuda a conquistar nuevas simpatías—dijo con marcada ironía.

—Con el señor Collin, hablábamos de una nueva danza y ya hemos encontrado el tema principal—dijo Marina.

—Magnífico. Ruego al señor Collin que acompañe al piano a nuestra amiga.

—Imposible... —interrumpió Marina queriendo eludir el compromiso—. Sólo tengo estudiado el principio...

—Hay que complacer al Gobernador, Marina —dijo Alexis queriendo salvar la situación—. Y se dirigió al piano. Marina, comprendió enseguida y se apresuró a colaborar en la farsa iniciada.

El Gobernador, con irónica sonrisa, sigue los esfuerzos de uno y otra, con mal disimulado placer. Por fin Marina, rompe bruscamente la armonía de sus poses e interrumpe el baile.

—¡Basta! —dice llorosa—. Es ridículo presentar una danza sin tenerla estudiada...

—Comprendido... comprendido... —dice marrulleramente el Gobernador—. No quiero molestar más... Vine sólo para traerle un regalo. Aparte de las cotidia-



nas rosas negras, quise traerle el premio de su victoria de ayer—. Y dirigiéndose a Alexis, le dice como sin darle importancia—: Marina es una gran amazona; ayer me venció en una carrera hasta la casa del guardabosque... ¿la conoce?; como recuerdo, quise entregarle esa figurilla de amazona en bronce.

El gobernador Abaroff, dueño de la situación, inicia la despedida y con mundanal cortesía invita a Collin con una pregunta que es ya un mandato:

—¿Viene usted conmigo, señor Collin?

Mientras el carruaje se desliza por las solitarias calles de la ciudad, el joven finlandés siente que ha sido descubierto y detenido, y en su mente bulle un plan de evasión. Pero grande es su sorpresa, cuando el Gobernador le dice secamente:

—No me gusta gastar palabras inútilmente. No soy músico, pero he comprendido que usted tampoco lo és. No le diré más. No soy curioso. Pero en «aquella casa», yo mismo elijo a mis huéspedes. ¿Comprendido? ¿Sí? Pues, puede apearse.

Alexis comprendía perfectamente. El Gobernador no le trataba como un detenido, sino como un rival amoroso. Esta vez, aun cuando sentía lastimado su corazón de hombre amante, veía a salvo su libertad y con ella, afianzada la causa de Finlandia.

\* \* \*

Aquella misma noche, después de una triunfal actuación en la Opera Imperial al interpretar la «Danza de las horas» de «La Gioconda», un grupo de conspiradores rodearon a la gentil bailarina a su salida del escenario y entre fingidas muestras de entusiasmo delirante, desengancharon los caballos y condujeron a la Federovna

a una casa aislada de la ciudad. Allí, frente a una lámpara de gran potencia, la sometieron al siguiente interrogatorio:

—Usted, Marina Federovna, ha robado un documento a Collin —decía una voz invisible—. Por este documento, se ha detenido a Ronhalm, uno de los nuestros.

—¿Dónde está Collin? —preguntaba Marina angustiada—. ¡Quiero verle! —repetía con zozobra.

—Hablemos primero del documento —insistió la voz oculta—. Este documento, lo entregó usted a los rusos. Todos conocemos sus relaciones con el Gobernador...

—Vivo en una villa alquilada—replicó Marina con energía.

—El Gobernador acaba de comprarla.

—Lo ignoraba en absoluto. ¡Quiero hablar con Collin!—repetía Marina como amargo estribillo.

Entonces, el acusador adoptó otra táctica y dijo:

—Nada podemos contra usted, pero condenaremos a Collin.

—¡Es falso! ¡Es horrible! ¡Yo no hice tal cosa! Si hubiese querido hacer traición, tenía mil ocasiones. ¡Necesito hablar con Collin para que no dude de mí! —insistía angustiada la pobre y frágil danzarina, iluminada por la luz cegadora del reflector.

En este momento de zozobra, se abrió la puerta y apareció Ronhalm, el supuesto detenido. Iba acompañado de Collin. Un grito de satisfacción salió de todas las gargantas:

—¡Ronhalm!

Marina, al oír ese nombre, defendió bravamente a su amante, preguntando airadamente:



—¿Lo véis? ¿Y aún seguís creyendo que Collin es un traidor?

—Nunca lo creímos, pero tenemos el deber de ser desconfiados. Perdónenos.

—Y ahora —siguió Marina con decisión—, sabréis quien es Marina Federovna. Necesito hablar con mi casa.

La acompañaron a un teléfono y Collin desde la oscuridad pudo oír esta conferencia:

—Le ruego que no me espere esta noche, Excelencia... ¡Nada importante!... Una falta de estrategia... Inútil. No quiero vivir en su villa como invitada. ¡Adiós, Excelencia!

Y así rompió su amistad con el Gobernador al que creía un admirador únicamente, cuando en realidad era, según había podido averiguar ahora, quien costeara sus gastos. Un gesto de repugnancia hacia aquel hombre que intentaba comprarla, fué el epílogo de su conversación telefónica.

Collin, emocionado por el sacrificio que representaba aquella ruptura, salió de su escondite y silenciosamente abrazó a aquella mujercita buena que tan adentro de su corazón iba filtrándose...

Y Marina, una vez abandonada su suntuosa residencia, se encerró en un pequeño taller de escultor que alquiló Collin para vivir una existencia modesta pero feliz y llena de amor.

Allí, conocieron los goces inefables de una intensa historia de amor, vivida con la alegría y la despreocupación de dos almas ingenuas, unidas por la pasión más avasalladora y por todos los deliquios de un amor pujante e inacabable.

A pesar de las promesas obtenidas de que Alexis no se metería de nuevo en aventuras revolucionarias, Marina está inquieta. Aun cuando no lo ha visto, ella está segura de que Alexis continúa reuniéndose con sus antiguos camaradas exponiéndose así a la deportación perpétua a las terribles minas de Siberia. Alexis jura y perjura que ha dejado toda actividad revolucionaria, pero Marina sospecha que le oculta algo y le aconseja se vaya de Polonia.

Alexis, efectivamente, no ha interrumpido su labor revolucionaria y de un modo muy discreto, para no despertar sospechas, está en contacto con sus camaradas. La causa de la libertad de su pueblo, es más fuerte que el amor inmenso que siente por su adorada Marina.

Precisamente aquella noche, se celebra en Finlandia la tradicional fiesta de la libertad, y aquel recuerdo aviva aún más el fervor patriótico en el corazón de Alexis, el cual, juntamente con su estimada Marina, deciden tomar parte en la misma.

La fiesta en cuestión, tenía lugar en un bosque cercano a la población, donde se reunían los finlandeses provistos de antorchas y allí bailaban y cantaban, con preferencia canciones patrióticas de su país. Con ingenua camaradería, se formaban anillos humanos, que improvisaban canciones alegóricas entre gran algazara e iluminados por el fantástico resplandor de las antorchas.

A media noche, se encendían las clásicas hogueras. Unos enormes muñecos simbolizando figuras de la opresión, eran pasto de las llamas, entre vítores, aplausos y canciones. Una vez abatido el ingente fantasmón, las parejas de enamorados, cogidos de la mano, saltaban



por encima de las llamas. Según la tradición, el que lograba saltar la hoguera sin percance, podía desear algo, en la seguridad de conseguirlo.

Marina, al saberlo, cogió de la mano a su adorado Alexis y con decisión corrió hacia una de las hogueras para con un salto ágil y magnífico cruzar sus lenguas de fuego.

Riendo, Alexis le preguntó:

—¿Qué has deseado?

—Algo que tu puedes hacer—replicó humildemente Marina.

—¿De qué se trata?

—Irte conmigo al extranjero.

—No puedo abandonar a mis amigos, Marina. Tú lo sabes. Es algo que bulle en nuestra sangre y que ahora revive con más fuerza en nuestros pechos al contemplar estas simbólicas hogueras de la libertad. No temas por mí. Tu amor sabrá defenderme como hasta ahora...

—Alexis: vuestra causa es desesperada; la lucha contra Rusia es imposible, iréis a parar todos a Siberia, tus compañeros y tú... ¿Por qué no vienes conmigo?

Las palabras de Marina, fueron como un presentimiento de lo que iba a ocurrir. Al cabo de unos momentos, desde un extremo del bosque, partieron unos gritos angustiosos y el griterío de una muchedumbre que huía atropelladamente. En efecto. Los cosacos, por orden del «tirano», habían interrumpido la fiesta que con tanta alegría se estaba celebrando.

Al galope de sus caballos, iniciaron una brutal carga sobre la muchedumbre. Hombres, mujeres y niños, fueron bárbaramente arrollados por las hordas mercenarias. A latigazos, bajo las patas de los caballos, con la

culata de los fusiles, dispersaban a cuantas personas encontraban a su paso. La gente, enloquecida, se lanzaba dentro los pequeños lagos para salvarse de un latigazo de los cosacos, que les perseguían con saña y crueldad.

Marina y Alexis, lograron escapar indemnes de aquella incalificable represión. Se refugiaron en su humilde nido de amor y a la mañana siguiente, los primeros albores les mostraron los horrores cometidos en la noche pasada. Por las calles y plazas de Helsingfors, innumerables vidas segadas en flor, eran testimonio elocuente de la última «hazaña» del tirano.

## EL RETO DEL PUEBLO

Transcurrieron unos días de aparente tranquilidad. El Gobernador, con su golpe de fuerza, había detenido a los más significados elementos del grupo de revolucionarios. El cargamento estaba dispuesto para ser enviado a Siberia.

Pero el pueblo estaba al acecho. Un emisario de los conspiradores, con el pretexto de servir de modelo para un busto de Collin, pudo celebrar una larga conferencia con éste sin ser sospechosa su presencia en casa de Alexis.

Marina, temerosa siempre, iba y venía de la cocina al taller de Alexis, fingiendo no prestar atención, pero escuchando con creciente interés el diálogo.

No bien el emisario hubo traspuesto el umbral, Marina preguntó a Alexis con ansiedad:



—¿Qué asunto es ese que tú has de dirigir?

—¡Nada! Unos amigos que quieren pasar la frontera... Casi tengo ganas de irme con ellos...

—¿A dónde?

—A Estocolmo.

—¡Qué suerte! Ya voy contigo—dijo Marina palmoreando de gozo.

—¡Imposible! Vamos en una barca de pesca. En todo caso, vendrás a encontrarme cuando termines tu contrato...

—¡Extraña decisión la tuya! Algo me ocultas, Alexis! ¡Hoy no me separo de tu lado!

—No temas. Sólo imaginas catástrofes...

—Tengo miedo, Alexis; no me dejes. ¿Qué sería de mí sin tu compañía? Olvida la política; desoye a tus amigos y atiende mis consejos. Es peligroso lo que te propones... ¡Cree en la voz de mi corazón que nunca te engañó!

Pero Alexis no contestaba. Acariciaba la blonda cabellera de su amada y en un apretado abrazo parecía que quería contagiarla de sus ansias de triunfo y de libertad.

Al llegar la noche, Alexis acompañó a Marina hasta la puerta del escenario. Luego se dirigió hacia la entrada principal del teatro, adquirió su entrada de platea y se sentó en el lugar convenido. En la sala, se encontraban distribuidos sus compañeros de conspiración.

Entretanto, Marina Federovna desde el escenario y momentos antes de empezar la representación, se dirigió al antepalco del Gobernador Imperial. Este la recibió con grandes demostraciones de afecto.

—¡Estoy encantado de verla!—dijo enseguida.

—Le suplico que se vaya—le dijo Marina con la voz entrecortada por la emoción. Y añadió—: No entre en el palco... Le amenaza un grave peligro...

Y salió corriendo como alada mariposa, entre el revuelo de su vaporoso traje de baile, al tiempo que los timbres anunciaban que iba a empezar la función. La sala quedó a oscuras; encendiéronse las candilejas y los reflectores proyectaron sus haces lechosas sobre el escenario. Descorrióse la cortina y empezó el ballet. Era la escenificación del «Vals triste», interpretado por más de cien danzarinas que se movían armónicamente al compás de las lánguidas notas del célebre compositor finlandés. Apareció Marina sobre las tablas. Cada gesto, cada sonrisa, la suave inclinación de la rubia cabecita, eran música y baile. Pero sobre la sala se cernía algo así como un amenazador presentimiento. Marina Fedorovna, buscaba con loco temor el palco del Gobernador. Su danza, era cada vez más maravillosa y hechicera... Reinaba un silencio sepulcral... y el público quedó atónito y suspenso al ver que la primerísima danzarina, iniciando un imperceptible gesto, permanecía temblorosa y no podía bailar más...

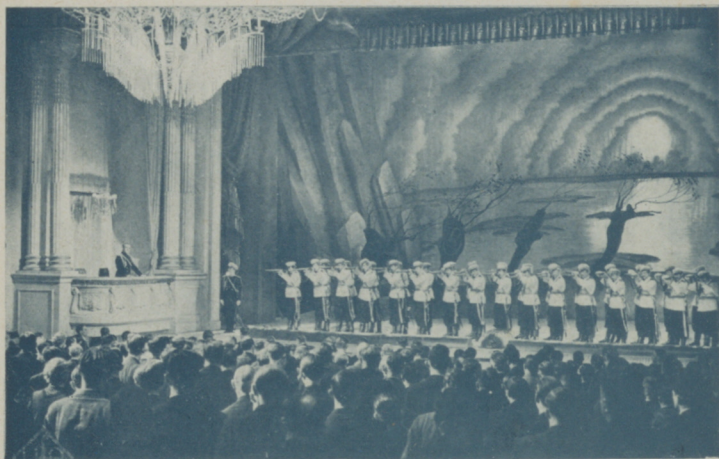
Cae la cortina presurosamente, se encienden las luces de la sala e inmediatamente se oye una voz recia y potente que grita como un reto:

—¡Príncipe Abaroff!

Es Collin, que de pié en medio de la platea se encara con el verdugo de su pueblo. El aludido, con aparente serenidad, se levanta y escucha.

—Me dirijo a vos, señor Gobernador —sigue diciendo Collin con creciente nerviosidad—. Os pido cuentas en nombre del pueblo de Finlandia. Hemos sufrido en



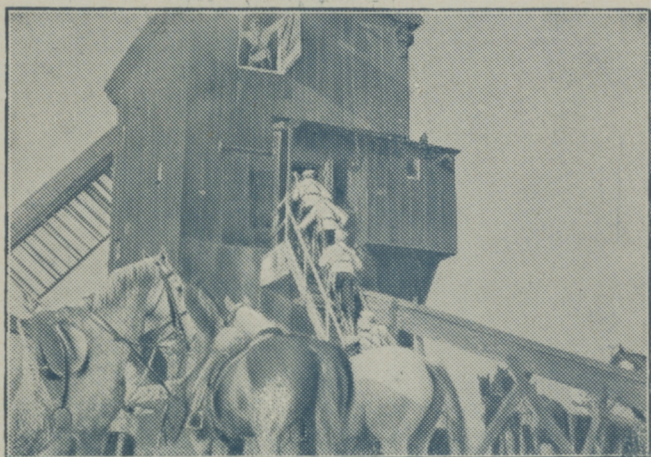


Un pelotón de cosacos, con el arma preparada, apuntaba a los espectadores...

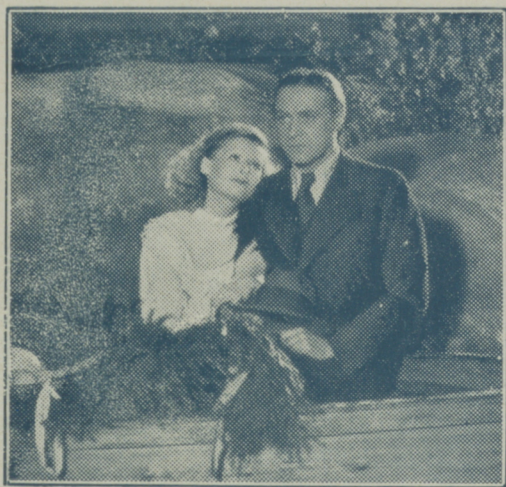


— ¿Su Excelencia desea ser recibido? — preguntó Aniouska humildemente.





Como fieras hambrientas de carne humana, los cosacos treparon por la escalera...



En una frágil embarcación, Marina y Alexis refugiaron su amor...



silencio... Habéis despreciado nuestra tradiciones y pisoteado nuestras libertades... Habéis impuesto leyes crueles, perturbáis nuestras fiestas populares, imponéis a nuestros hijos una lengua que no es nuestra y aún afirmáis con descaro vuestra fuerza y vuestra arbitrariedad. Los que no quieren doblar el espinazo son deportados a Siberia... Pero hoy os grito en nombre del pueblo: ¡Basta ya de tiranías! Ha terminado nuestra paciencia. Estamos cansados de vuestra despótica dictadura y os advertimos que el cargamento de deportados, no saldrá esta noche de Helsingfors. Firmaréis una orden de libertad y hasta que haya sido ejecutada, seréis nuestro prisionero... ¡Viva Finlandia libre!

Los camaradas de Collin, enardecidos por las últimas palabras, se disponían a asaltar los palcos donde figuraban los representantes de sus verdugos. En algunos de ellos, finlandeses y zaristas, habían llegado a las manos... Pero el gobernador, hombre curtido y sin entrañas, estaba prevenido. A su vez, hizo oír su voz imperiosa:

—¡Que el improvisado orador se constituya prisionero... de lo contrario, doy orden a los cosacos de disparar!

E inmediatamente, obedeciendo a un discreto mandato, se levantó el telón y ante la estupefacción de los reunidos, al pié de las candilejas, un pelotón de cosacos con el arma preparada, apuntaba a los rebeldes espectadores. Abaroff, inició una sonrisa de triunfo. Los conspiradores, debían rendirse o morir. No reaccionaron. Su sacrificio hubiera sido estéril. Y se declararon vencidos, murmurando con rabia una sola palabra: «¡Traición!».

## SUDARIO DE ROSAS NEGRAS

Abatida por la idea de que ella pudiera ser responsable por la imprudente advertencia, de la detención de su amado, Marina no tiene más que un solo deseo: salvarle a cualquier precio.

Desde la trágica noche del teatro, Marina Federovna sufre calladamente su desventura. En su rostro aniñado, un rictus de amargura ha ensombrecido y apagado su risa perenne. Sin rumbo fijo, y con la única idea de la liberación de su amado, Marina se dirige como un autómatas hacia la que había sido su casita blanca, antaño tan alegre, y de la que había huído para no regresar más. ¡Cómo le torturaba la entrada en su «boudoir», donde conoció por vez primera al joven finlandés manchado de polvo y sangre que huía de los cosacos! ¡Cómo recordaba con tristeza los felices instantes de aquel intenso romance de amor, en el que cada hora ponía el mágico cambiante de los placeres sublimes!

El Gobernador, que se preciaba de conocer la psicología femenina, se presentó poco rato después en «su» casa, donde esperaba encontrar a «su adorado tormento».

Al verle entrar, Marina levantó sus grandes ojos entristecidos y dijo:

—¿No desea preguntarme nada, Excelencia?

—Muchas cosas.

—Pregunte pues...

—¿A quién quería salvar con su aviso?

—A nuestra amistad—contestó titubeando.

—¿Tuvo usted miedo por mí?

—Se lo he probado, Excelencia.



—Es cierto. Muchas gracias, adorada Marina. Veo que usted va entrando en razón. Su aventura, no era digna de usted. Era una deserción...

—Sí. Fué un error... —dijo divagando. Y concentrando su atención, añadió—: Pero estoy dispuesto a olvidarlo.

—Me consideraré muy feliz si puedo contribuir a ello. Habrá observado que durante su ausencia, la villa ha sido transformada...

—Sí, Excelencia... Pero hay un abismo que nos separa: la vida de ese hombre... Me es imposible volver aquí... Ese hombre, por culpa mía, será castigado... seguramente lo...—y no pudo acabar la frase. El dolor había atenazado su garganta.

—¿Qué cree usted que le van a hacer?—preguntó el Gobernador para asegurar mejor el efecto de su decisión.

—No sé. Consejo de guerra y deportado a Siberia por lo menos. ¡Es horrible, Excelencia! Pensar que eso le ocurre por mi culpa. ¿Comprende ahora porqué no quiero volver a esta casa? ¡Me pesaría toda la vida! Su recuerdo me perseguiría... Me parecería que su sombra está vagando por la estancia como una maldición... Yo no puedo permanecer aquí sabiendo que él está sufriendo por mi culpa... Compréndalo, Excelencia...

—¿Y si lo libertara...?

Marina se levantó con presteza del sillón, para decir:

—Lo estimaría como una prueba de amor.

Los ojos del Gobernador relampaguearon con insano placer. De un plumazo, conseguiría su codiciada presa. Y dijo con satisfacción:

—¡Se la daré!

Y salió con fatuidad, con aire de perdona-vidas.

\* \* \*

Marina echó sobre sus hombros un leve abrigo y se encasquetó un gorrito de astracán. Saltó, más que bajó, los peldaños de la villa y se dirigió apresuradamente hacia el muelle.

Jadeante, había llegado hasta el pie del barco, cuya brumosa silueta se recortaba sobre las aguas quietas del puerto como un enorme fantasma siniestro. Marina, desde el muelle siguió de un extremo a otro de la nave con objeto de ver si distinguía a Alexis. En el puente, solamente unos marineros preparaban presurosamente la partida.

Marina llamó insistentemente a uno de aquellos hombres.

—¡Compañero! ¡Por favor! Quiero hablar a un viajero.

—¡Imposible! —contestó secamente el aludido—. El barco va a salir!

—¡Por piedad, compañero!—gimió Marina angustiada.

—Bien. Iré a buscar al pasajero. ¿Cómo se llama?

—Alexis Collin.

—¿El prisionero?

—¿No está en libertad?

—No. Hasta que el barco haya salido del puerto. Espere un instante.

—¡Marina! —le llamó emocionado Alexis desde el puente—. Perdóname... He destruído estúpidamente nuestra dicha... Quería hablarte, pero no me lo permitieron... Quería hacerte saber que dentro de mí había



una misteriosa fuerza que me atraía tanto como tu amor... La voz de la libertad... Tú tal vez no comprendas eso y debes perdonarme lo mucho que te he hecho sufrir...

—¡Alexis! Sólo quiero que sepas una cosa: Iré enseguida a tu encuentro...

—¿A Siberia?

—¡Dónde sea! ¿Pero, estás seguro de que te llevan a Siberia?—preguntó Marina con angustiosa sorpresa.

—Sí; ¡para toda la vida! Y le enseñó las esposas que atenazaban sus brazos.

Callaron sus labios lo que el corazón lloraba. Alexis, más fuerte, continuó:

—Sólo siento que mi plan no haya triunfado... El triunfo, representaba la libertad de mis camaradas y de toda Finlandia... —Y añadió con rabia profunda—: Alguien nos hizo traición...

Marina lloraba en silencio. Sus bellos ojos de antaño, tenían ahora el reflejo del triste paisaje brumoso.

—Marina, acércate —dijo Alexis desde el puente—. Tengo algo muy importante que decirte y el tiempo apremia... Mañana, sin falta, irás a ver a Nithsem, el viejo marino que modelé en el estudio, y le dirás que es preciso continuar la lucha y descubrir al malvado traidor... ¿Lo harás?

—Sí... Alexis: si te indultan, iré a reunirme contigo en Estocolmo...

—No hay que hacerse ilusiones, Marina.

El paquebot iba a partir inmediatamente. Se había levantado la pasarela y penosamente chirriaba la cade-

na del ancla. La sirena lanzaba su bronco alarido, que en el silencio del puerto era como un lúgubre clamor.

Uno de los centinelas del barco, se acercó a Alexis, le entregó un pasaporte y al mismo tiempo que le libertaba de las esposas que le sujetaban, le dijo:

—Aquí están sus documentos, señor Collin. De orden de su excelencia el Gobernador Imperial, puede desembarcar en cualquier puerto extranjero, pero se le prohíbe terminantemente volver a Rusia.

Alexis, quedó perplejo. Interrogó a Marina con una mirada que era como un reproche, como una acusación, como una súplica...

Y dijo, tajante como un latigazo:

—¿Por qué me pone en libertad el Gobernador?

Marina, no contestó la interrogación. Con la muerte en los labios, intentó explicar con una piadosa mentira, este inexplicable favor. Pero sólo podía balbucear palabras incoherentes...

—Dime; dime, ¿por qué me liberta del destierro? —insistió Alexis no queriendo creer la terrible sospecha que laceraba su corazón.

Marina, anegada en llanto, suplicó:

—Iré a buscarte donde estés, Alexis... ¿Quieres?

—¿Entonces, es obra tuya?

—Iré a buscarte, Alexis... ¿quieres?—repitió Marina con supremo esfuerzo.

Pero Alexis no dijo que sí. Tal vez el ruido de la hélice que se había puesto en movimiento, no le dejó oír la anhelada contestación. Pero Marina al ver alejarse lentamente el negruzco paquebot, tuvo la impresión evidente, honda, sincera, amarga, de que con él se iba lo más querido de su vida. Y se encontró sola, ais-



lada, vencida, sobre las relucientes piedras del muelle...

El barco se alejaba... Unos centenares de metros separaban ya aquellos dos seres antaño tan felices y hogaño mal heridos por la incomprensión y el dolor...

Marina, con su breve pañuelo, tal vez el mismo con que restañó la herida de Alexis el día de su encuentro, agitándolo dulcemente, le enviaba el postrer mensaje de su amor. Alexis, apoyado en la barandilla, ocultando con las manos su rostro entristecido, veía como la fina silueta de su amada iba empequeñeciéndose, desdibujándose, hasta que sobre el muelle no vio más que una blanca mancha imprecisa...

Entonces, corrió hacia su camarote y de bruces sobre el camastro, volcó toda la amargura que albergaba su noble pecho. Y lloró atropelladamente, solo, en silencio, como lloran los hombres...

\* \* \*

Unas horas después, Marina descansa plácidamente en un sillón de su villa. Su rostro, parece que se ha divinizado por como ha adquirido una mayor palidez y una sensación de serenidad.

En una mesita cercana, hay un pequeño frasco, cuyo contenido ha sido apurado.

Marina, descansa...

El orondo gobernador, penetra silenciosamente en la camareta de Marina, sonriente, con aire triunfador. Viene a cobrar el premio de su favor.

Se dirige hacia Marina y la llama quedamente. Marina, no contesta. Insiste de nuevo, sin resultado. Acaricia su mano y la encuentra de una frialdad mortal.

—¡Marina! ¡Marina!—grita con angustia.

Pero la pequeña y frágil danzarina de corazón tre-mante, ya no abrió jamás sus bellos ojos. Marina Federo-rovna, demostrando que el amor que ella sentía era dig- no del mayor sacrificio, se había refugiado en un mundo donde las pasiones y los sufrimientos humanos, no po- dían ya alcanzarla.

Y el príncipe Abaroff, extendió como un sudario so- bre el cuerpo inerte de la rubia danzarina, una brazada de aterciopeladas rosas negras...

\* \* \*

Así termina en la pantalla, este romántico episodio de la liberación de Finlandia, pequeño eslabón en la cadena de la historia.

Pero la vida, siguió su curso.

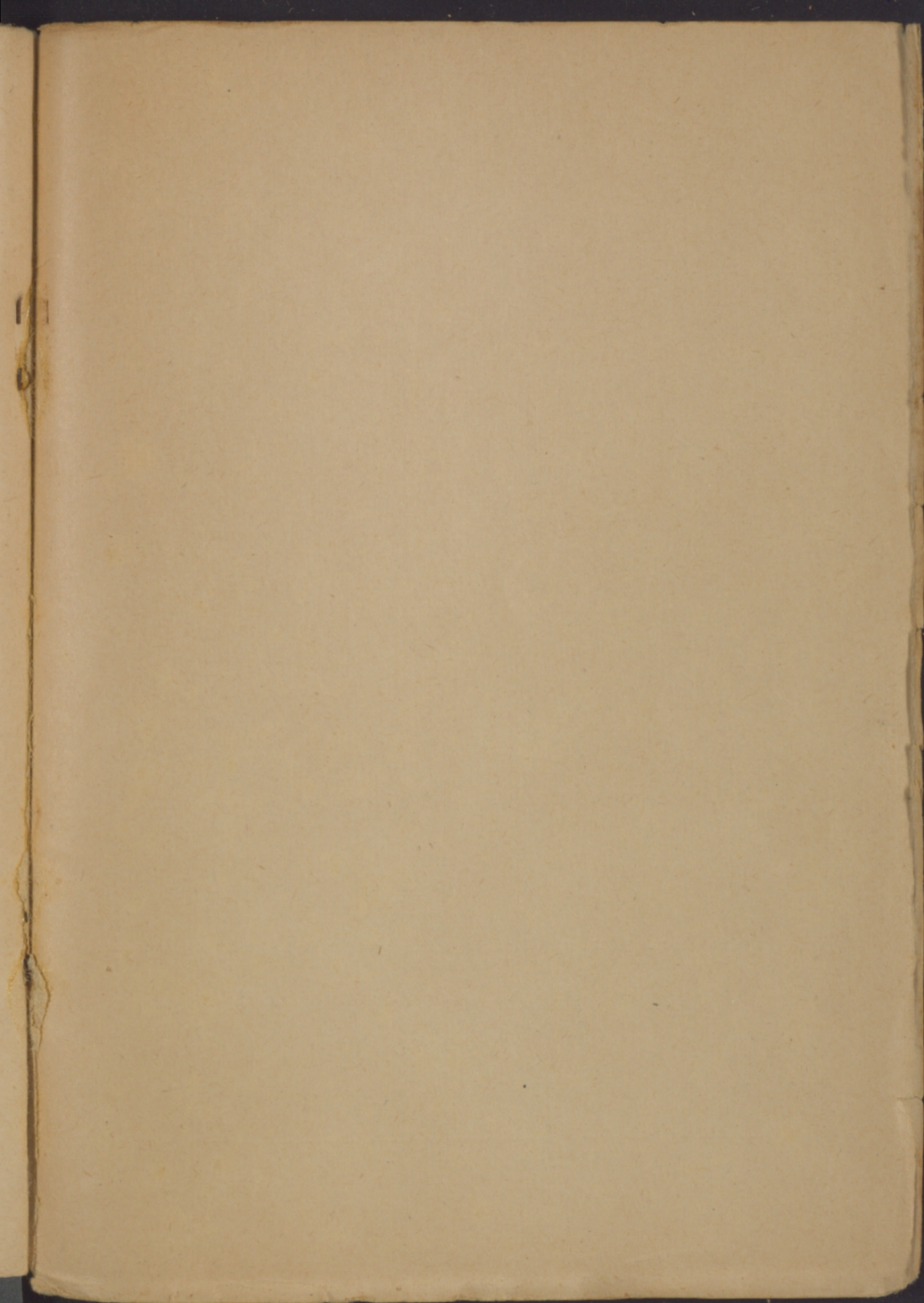
Algunos años más tarde, el sacrificio de estos dos co- razones, que lucharon, gozaron y sufrieron juntos, dió sus frutos generosos.

En el año 1917, Finlandia recuperaba su anhelada independencia, mientras simultáneamente, la Rusia za- rista se agitaba por la formidable convulsión que había de destruir para siempre todos los despotismos, todas las iniquidades y el yugo terrible de su opresión, para alcanzar los nuevos caminos de Libertad y fraternidad.

¡Loor a sus héroes!

FIN





027 FDH (1)

---

"FILMS DE HOY" publicará próximamente  
**LOS ULTIMOS CUATRO DE LA ISLA**

Una conmovedora narración que pone al descubierto toda la ignominia de los falsos trusts.

---

Exclusiva de Venta para España: **LIBRERIA VILELLA**  
Barbará, 15 - Teléfono 18421 - BARCELONA

TALLERES GRÁFICOS :: EDICIONES BOSCH  
AVENIDA 14 DE ABRIL, 418 - BARCELONA